

# ANTE LA CRISIS HISTORICA DURAR. VIVIR



Los ciudadanos españoles que no han perdido todavía alguna confianza en la política, es decir, los que aún confían en que la contradanza y el juego de la gallina ciega de los partidos de ex ministros ceda lugar a la política, a la verdadera política, en el más alto, noble y puro sentido del término, esos españoles piden, que ante lo que se ha dado en llamar la "crisis histórica" —¿será la crisis de nuestra historia?—, defina claramente su posición civil, pública y presente, su programa, quien aspire a gobernar. Y nuestra incurable desconfianza nos llevaría a preguntar: "¿Para qué?" Porque no son ya, en rigor, los políticos quienes tienen que definir su actitud.

¿El pueblo acaso?

¡Ah!, cuando se dice que aquí no hay pueblo o que a éste no le importa nada de nada, acaso no somos del todo justos los que lo decimos. El pueblo, en España, podrá no pedir un gobierno determinado, una política concreta, y en esto está su mayor pecado, pero deja gobernar, deja ensayar todos los planes y hasta acoje con su especial benevolencia —mezcla de curiosidad y de desdén— a todo gobierno nuevo. No es el pueblo el que no deja gobernar. No es el pueblo el que impide a los gobiernos, sean los que fueren, tomar una dirección determinada y fija. No es el pueblo el que en todas las cuestiones vitales impone una política de neutralidad a todo trance y costa, una vía media que es la consumción del espíritu público, un sistema de hacer durar y no de hacer vivir a las instituciones. Por temor a la muerte, que es el fin de toda vida, y acaso el principio de otra, se va a la duración. Y así se petrifican las instituciones.

Cualquier político que aspire a ser llamado al Poder por quien lo reparte a turno y no a ser llevado a él por el pueblo, sabe que nada le aleja más de su objetivo que el propugnar una política cualquiera definida y clara,

que cualquier solución que presente, sea de las que llamamos de derecha, sea de izquierda, le descalifica. Debe supeditar todo a hacer durar, no a hacer vivir el régimen. Cuando un ilustre republicano dijo en cierta Cámara cuál era su programa de gobierno, oyó que se le dijo algo así como: "Bien, sí, lo he leído; está bien; ese es el programa para el público, pero para gobernar?" Y es que para lo que en ciertos aposentos se llama gobernar —hacer durar las piedras— el programa estorba. Porque eso del orden, no es programa. El orden es un medio para la justicia.

Sucédele al avaro que sacrifica el fin al medio y vive pobre, pobrísimo,

por asegurarse la riqueza. Quiere que su fortuna dure, no que viva. Y hay avaricia espiritual, avaricia de poder —para retenerlo, no para usarlo— avaricia de gloria, avaricia de majestad. Pero como dijo el Cristo: "El que quiera guardar su vida, la perderá". Y otra vez: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos". Y hay que dejar que las piedras protejan a las piedras.

¿Crisis histórica? ¡Quiera Dios que no sea prehistórica, troglodítica, cavernaria! ¡No hemos oído acaso, no hace mucho, en la tribuna del Congreso, extrañas voces que parecían brotar de momias seculares? ¡No hemos oído hablar de consustancialidades míticas? No hemos oído ante la solemne gravedad del momento social logomaquias dogmáticas sacudidas de entre el polvo de una escolástica política de antiquísima decadencia?

Y todo ello es avaricia.

¡Que pongan, que pongan guardias al Arca de la Alianza, en vez de llenarla con algo! Es ya un secreto a voces que el Arca está vacía y comida la madera de que se hizo.

Y en tanto, las muchedumbres que quieren vivir y no durar, se dedican a esa especial política, que es el apa-

rente apoliticismo sindicalista; se organizan fuera del Estado, fuera de la ley y aun contra ellos. Hacen otra política; hacen otro Estado. Y ello por qué? Porque no se les quiere gobernar. Y no se les quiere gobernar por miedo a que los otros se rebelen. Por miedo a la revolución y por miedo a la guerra civil, no se ha hecho nada decisivo.

No, con esa crisis histórica no se resolverá nada, porque resolver es romper con algo y no se quiere romper con nada. Para vivir hay que irse con unos o con otros, pero para durar hay que estar con todos; con todos los que se quedan, los que no marchan.

¿No hay acaso quien cree que hasta los bolcheviques se harán gubernamentales? ¿Y el que así cree, qué entiende por hacerse gubernamental? Sentarse al pie de la piedra, y estarse allí; estarse estando. Y profesar el optimismo de real orden; un optimismo protocolario y ritual y casi deportivo. Porque la cuestión es pasar el rato.

Sí, estamos muy hartos de los políticos. Pero hay que reconocer que es porque no son políticos. Y no lo son porque no les dejan serlo, porque no les dejan gobernar. Porque no cabe llevar una nave en medio de una tormenta sin ponerla en peligro. Hay que saber correr riesgo.

MIGUEL DE UNAMUNO

